

# LOS MARCADORES CONTRAARGUMENTATIVOS: ESTUDIO PRELIMINAR A PARTIR DE *LA CELESTINA* DE FERNANDO DE ROJAS

MARLÉN GONZÁLEZ GONZÁLEZ

Universidad de Santiago de Compostela

## 1. EL TEXTO Y LOS MARCADORES

El estudio de rasgos que definan a los textos frente a secuencias de frases aisladas e inconexas ha sido constante preocupación de los lingüistas. Aunque muchos han sido los enfoques y no pocos los asuntos abordados, tanto la forma como el contenido han sido tópicos bastante atendidos en los estudios.

Dentro de todos los mecanismos que confieren sustancia y unidad a los textos se hallan la coherencia, por una parte, y la cohesión, por otra.<sup>1</sup> No entraremos ahora en detalles sobre los atributos que pudieran incluirse en una u otra, ni en las polémicas sobre los deslindes y taxonomías. Sin duda, estudiar los mecanismos que establecen las conexiones internas de los textos se sigue revelando como un procedimiento altamente rentable en la caracterización de cada producto discursivo.

La deixis, las relaciones de anáfora o catáfora, la flexión, la concordancia, la rección, entre muchas, han sido ampliamente estudiadas como elementos que contribuyen a la

<sup>1</sup> Asumamos estos términos en el sentido más general posible, sin entrar en todos los posibles matices que utilizarlos supone. Tengamos en cuenta, además, los diferentes tipos de actualizaciones que pueden tener estos dos términos dependiendo de los rasgos específicos de cada texto y contextos particulares.

armazón interna de un texto. Dentro de ésta, también se ha dedicado especial interés a los elementos que establecen relaciones entre unidades de diversa clase y niveles. Los marcadores discursivos, por su naturaleza y función, han sido en tal sentido, recurrente objeto de análisis.

## 2. LOS MARCADORES DISCURSIVOS<sup>2</sup>

Si se consultan textos sobre estas unidades puede notarse tanto la diversidad terminológica existente para referirlos como la falta de consenso en cuanto a su caracterización.

A pesar de las contribuciones aludidas, debe destacarse que los marcadores del discurso son muy difíciles de sistematizar (Portolés y Zorraquino, 1999: 4056).

A propósito de esto comenta Vázquez Veiga:

Cuando alguien se inicia en el estudio de los marcadores del discurso, le llamará la atención la cantidad de términos que se utilizan para referirse a elementos que desempeñan funciones similares: “enlaces extraoracionales”, “marcadores discursivos”, “marcadores pragmáticos”, “conectores pragmáticos”, “gambitos”, “partículas discursivas”, “elementos de cohesión”, “apéndices modalizadores”, “ordenadores epistémicos”, “operadores pragmáticos”, etc. (véase Cortés Rodríguez 1995a y 1995b). Además, pronto descubrirá que no en todas las listas que de ellos se proporcionan se incluyen las mismas expresiones (2003: 51).

No obstante, existe un conjunto de rasgos comunes en los estudios sobre estas unidades (sin borrarse con ello los matices de cada caso). La invariabilidad<sup>3</sup> de estas unidades,

<sup>2</sup> A partir de este momento emplearemos este término como clasificación más general, independientemente de los rasgos particulares de cada unidad en cuestión, excepto en los casos en que se prefiera una clasificación más específica.

<sup>3</sup> Lo anterior es más notable en los que están totalmente gramaticalizados, no así en los que muestran el proceso de asentamiento como tales en

entendida como la no aceptación de flexiones, gradaciones, sustitución léxica por alguno de sus componentes,<sup>4</sup> es uno de los referidos en su caracterización.

Los ‘marcadores del discurso’ son unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicción oracional —son, pues, elementos marginales— y poseen un contenido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación (Portolés y Zorraquino, 1999: 4057).

Ello marcaría la diferencia con empleos de estas unidades con funciones oracionales particulares, nos referimos al tan socorrido ejemplo de *con todo*, bien como marcador (“Se ha ganado enemistades por razones extraliterarias, pero *con todo* nadie puede negar que posee un talento verbal incuestionable”),<sup>5</sup> bien con función intraoracional específica (“se trata, como decimos, de escritos de puro resumen y síntesis, pero que elaboramos *con todo* el cuidado de que éramos capaces al redactarlos”).<sup>6</sup>

De lo anterior se desprenden tanto las funciones que pueden desempeñar como el significado que pueden tener. Para muchos autores el cometido principal (de ahí las etiquetas escogidas para nombrarlos) es el de servir como nexo entre unidades de diversos niveles. Dependiendo de los enfoques, estas conexiones sólo se producirán entre enunciados o pueden llevarse a relaciones intraoracionales. No obstante, muchos reconocen que el contenido de estas unidades —a diferencia de otras en la lengua— no es semántico sino procesual y en ocasiones de inferencias pragmáticas.

---

la lengua, en cuyo caso, el uso indistinto o exclusivo de un modo verbal u otro, por ejemplo, puede ser un indicio a tener en cuenta.

<sup>4</sup> en cambio vs. \*en cambalache, \*en canje...

<sup>5</sup> Real Academia Española: Banco de datos (CREA) [en línea]. *Corpus de referencia del español actual*. <<http://www.rae.es>> [5 de diciembre de 2008].

<sup>6</sup> *Ibid.*

Portolés y Zorraquino dirían “que el significado de un marcador del discurso es un significado de procedimiento” (1999: 4072), mientras que para Montolío “el significado de los conectores consiste en una instrucción al receptor para que procese la información que sigue a la partícula conectiva manteniendo con la información precedente una determinada relación (por ejemplo, causa-consecuencia: argumento-contrargumento; hipótesis-consecuencia; nueva información sobre el mismo tema, etc.” (2001: 31).

Otra distinción importante se da entre los que conectan dos miembros o más y los que introducen a uno solo. Tanto el estudio como la propia caracterización de ellos varían de un autor a otro, aunque por lo general suele reconocerse dicha diferenciación. Los términos más empleados son conectores y operadores, respectivamente. Para Portolés:

Los conectores vinculan semántica y pragmáticamente un miembro del discurso con otro anterior, de tal forma que el marcador guía inferencias que se han de efectuar del conjunto de los dos miembros discursivos conectados (Portolés y Zorraquino, 1999: 4080).

Limita este término para un

tipo concreto de marcadores que realmente conectan de un modo semántico-pragmático un miembro del discurso con otro expreso en la mayoría de sus usos o si no, con una suposición contextual fácilmente accesible (Portolés, 1998: 37).

Mientras que:

Denomino operadores a aquellos marcadores que por su significado condicionan las posibilidades discursivas del miembro del discurso en el que se incluyen o al que afectan pero sin relacionarlo con otro miembro anterior (Portolés, 1998: 112).

Llorente Arcocha propone una clasificación diferente a la anterior al decir que:

lo esencial es distinguir dos tipos de relaciones que pueden establecerse entre enunciados o entre elementos de un mismo enunciado: las de carácter lógico-semántico (propias de los conectores), que ligan significados en relaciones causa-efecto, de adición, de temporalidad, etc., y las de naturaleza discursivo-pragmática (propias de los que llamo ‘operadores discursivos’) que vinculan entre sí las acciones emprendidas por los participantes en la interacción lingüística organizándolas y engarzándolas entre sí (1996: 13-14).

Escandell, por su parte, mantiene un enfoque semejante al considerar a un operador como “un morfema que, aplicado a un enunciado, modifica el potencial argumentativo de su contenido” (1993: 115) y al conector como “un morfema (adverbio, locución, conjunción subordinante o coordinante...) que enlaza dos o más enunciados que intervienen en una estrategia argumentativa única” (116).

Sin embargo, en algunos casos la diferencia no estaría en la nomenclatura o en lo que se entiende por uno u otro subconjunto de marcadores, pues simplemente los segundos no estarían incluidos en el análisis:

consideraremos marcadores discursivos aquellas unidades situadas en posición inicial, parentética, o final del enunciado que establezcan una relación cohesiva con, al menos, el enunciado que le precede en el discurso. Dicha relación anafórica puede extenderse a más de un enunciado, incluso puede afectar a toda la porción de discurso precedente. [...] excluirémos aquellos casos en los que los marcadores sólo operan sobre un elemento del enunciado (Domínguez, 2007: 16-17).

Para Domínguez, por su parte, la noción de conector no se da por oposición con la de operador (independientemente de cómo se les caracterice), pues emplea el término conector para casos específicos de relaciones argumentativas:

reservamos el término conector para aquellos marcadores que se especializan en establecer relaciones argumentativas entre dos o más enunciados del discurso (2007: 19).

Además de los rasgos anteriores, existen otros que si bien no son identitarios ni exclusivos permiten establecer subgrupos dentro de los marcadores, así como semejanzas y diferencias. Dentro de estos podríamos citar las posibilidades de movilidad de unos frente a la posición fija de otros, la autonomía para ocupar un turno de palabra completo o la imposibilidad de hacerlo, entre otras.

Estrella Montolío, por otra parte, divide a los marcadores en dos grupos: aquellos que irían entre pausas, o signos de puntuación en el texto escrito, y los que no (no parentéticos), y que presentarían en su constitución un elemento subordinante, bien la conjunción *que*, bien alguna preposición. Esto le permite establecer distinciones entre un mayor grado de movilidad de los primeros y una integración oracional mayor de los segundos, por consiguiente, entonces, una menor movilidad. También influye lo anterior en la selección de formas verbales conjugadas o en infinitivo (por ejemplo, para el caso de los no parentéticos o integrados en la oración), o en indicativo o subjuntivo.

### 3. LA CONTRAARGUMENTACIÓN. MARCADORES CONTRAARGUMENTATIVOS

La naturaleza y existencia de estos marcadores se basa en la noción de argumentación en la lengua, manifiesta desde la selección y descarte de elementos lingüísticos, ordenación de aquellos, así como en el proceso mediante el cual a partir de ciertos datos o argumentos se pretende guiar hacia una(s) determinada(s) conclusión(es).

Para Escandell “por argumentación se han venido entendiendo [...] dos cosas diferentes, dependiendo de a qué ámbito se ligara el término: desde una perspectiva retórica, la argumentación comprende el conjunto de estrategias que organizan el discurso persuasivo; desde una perspectiva lógica, una argumentación es un tipo de razonamiento” (1993: 109).

Si “la teoría de la argumentación se ocupa de los medios formales que proporciona la lengua a sus hablantes para orientar argumentativamente sus enunciados, y, paralelamente, de los medios formales que sirven al destinatario para construir su interpretación” (1993: 112), los marcadores son “los elementos lingüísticos que sirven para marcar la orientación argumentativa de los enunciados” (113) y asumimos, además, que “cualquier expresión no puede utilizarse a favor de cualquier conclusión” (Anscombe y Ducrot, 1994: 34); es pertinente, entonces, estudiar los procedimientos que intervienen en las relaciones argumentativas, dentro de los cuales, sin duda, los marcadores argumentativos merecerán especial atención.

Estas unidades suelen intervenir en cambios en la línea argumentativa que se venía siguiendo, bien por supresión de conclusiones, bien por atenuación de ellas, o disminución de la fuerza de unos argumentos precedentes frente a los nuevos introducidos por el conector. En suma, “vinculan dos miembros del discurso, de tal modo que el segundo se presenta como supresor o atenuador de alguna conclusión que se pudiera obtener del primero” (Portolés y Zorraquino, 1999: 4109).

Algo recurrente en la bibliografía sobre los marcadores contraargumentativos es la alusión a los tipos de relaciones que se dan entre los elementos conectados mediante el marcador. Suele aludirse a nociones de exclusión, restricción o sustitución de posibles conclusiones (Domínguez García, 2007) o a tipos de argumentos dentro de una escala argumentativa.

Para Montolío, por ejemplo, existirían dos tipos básicos de argumentos que, dependiendo de su fuerza argumentativa, suprimirían, atenuarían, restringirían o cancelarían las posibles inferencias a partir de otro.

Un argumento débil sería aquel “que no gana la batalla dialéctica establecida en el enunciado” (2001: 53). Cita, a propósito de esto, al marcador *aunque*, que introduce argumentos débiles cuando señala que una objeción “constituye un impedimento sólo presunto, que no llega a ser un

obstáculo lo suficientemente fuerte como para impedir que, finalmente, se cumpla lo expresado por la oración principal (2001: 52).

En cambio, argumentos fuertes serían aquellos “que ganan la batalla dialéctica pues implican que ha de reconsiderarse la información anterior y presentan una información inesperada que se desvía de la línea argumentativa previa, y que conduce a una conclusión diferente de la que se esperarí­a a partir del primer miembro. Es decir, el segmento informativo que introduce un conector de este tipo invalida la conclusión o inferencia que podría deducirse del segmento previo” (62).

En la misma línea de tipos de relaciones contraargumentativas entre los elementos conectados está lo que comenta Portolés cuando dice que “existen conectores contraargumentativos que indican un contraste o contradicción entre los miembros vinculados: en cambio, por el contrario y por contra. Antes bien se sitúa en un miembro del discurso que comenta el mismo tó­pico que el miembro anterior. Sin embargo, no obstante, con todo, empero, ahora bien y ahora introducen conclusiones contrarias a las esperadas de un primer miembro. Y por último, eso sí, muestra un miembro del discurso que atenúa la fuerza argumentativa del miembro anterior” (1998: 140).

Domí­nguez, en cambio, establece dos grandes grupos de relaciones argumentativas de oposici­ón:<sup>7</sup> la contraargumentación y el contraste. En el primer caso, “el segundo elemento cancela las conclusiones o expectativas que podían obtenerse del primero, o bien sustituye, elimina o corrige al primer argumento, superponiéndose a él”. En el segundo, estaríamos ante una “relaci­ón entre dos enunciados que contienen una comparaci­ón entre miembros que se contraponen, pero sin cancelar ninguna conclusi­ón que pudiera deducirse de cualquiera de ellos” (2007: 89).

<sup>7</sup> Cuando los argumentos “se enfrentan entre sí y [...] la conclusi­ón definitiva se obtenga del argumento vencedor de dicha oposici­ón” (2007: 25).

Para esta autora es igualmente importante, aunque no definitiva en todos los casos, la noción de fuerza argumentativa, pues “una de las características de la relación opositiva de contraargumentación es la mayor fuerza argumentativa del segundo enunciado de la relación, antiorientado al primero, por lo que será el enunciado decisivo para llegar a una determinada conclusión” (92).

También subdivide este conjunto de elementos discursivos dependiendo de si el tipo de relación opositiva dada es restrictiva<sup>8</sup> o excluyente.<sup>9</sup>

Otro elemento presente en los análisis de estas unidades es el relacionado con la polifuncionalidad o sentidos diversos que pueden asumir los marcadores, además de los identitarios. Portolés y Zorraquino prefieren llamar efectos de sentido a los valores semánticos que adquieren las unidades lingüísticas en su uso discursivo. Según estos autores, estos valores “nacen de la relación entre su significado propio y el aporte pragmático del contexto” (1999: 4078).

Todas las características anteriores aluden a los rasgos distintivos de estas unidades que justifican las selecciones de unas frente a otras, dependiendo de los contextos, matices e intenciones comunicativas.

#### 4. RASGOS DE LOS MARCADORES EN EL TEXTO ANALIZADO

El estudio de los marcadores es un tema de interés en textos contemporáneos, usualmente en análisis de conversaciones. Los usos de estas unidades en textos antiguos, en cambio, son un valioso ejemplo de empleos vacilantes aún para las fechas analizadas, de procesos en curso y de evolución de la lengua hacia fases de asentamiento de funciones. La alta frecuencia de aparición de unos, la reducción o plurivalencia

<sup>8</sup> “El segundo enunciado cancela, ya sea directa o indirectamente, una conclusión anterior, pero sin eliminar el primer enunciado” (2007: 96).

<sup>9</sup> “El segundo enunciado se superpone al primero, eliminándolo, sustituyéndolo, o bien rectificándolo” (*ibid.*).

funcional de otros, así como los valores contextuales, son interesantes indicios de estadios de procesos constatables en textos más actuales y un importante elemento de contraste con investigaciones semejantes en textos de otros tipos y períodos.

Para describir el uso de los marcadores discursivos contraargumentativos he escogido *La Celestina* de Fernando de Rojas.

He seleccionado esta obra por varias razones. En primer lugar, por el sitio que ocupa en la historia de la literatura española, reflejado en las numerosas investigaciones sobre temas como la autoría, el humor, la magia, el estilo y las figuras retóricas, el tratamiento de tópicos literarios como el amor, entre otros muchos. En segundo, he tomado esta obra por su referido dialogismo y polifonía.

La gran innovación de *Celestina* es, como ya señaló Menéndez Pidal, la creación de una dialogística que parece reflejar el lenguaje del mundo cortesano y universitario de la Salamanca del momento. Si tal identificación puede ser discutible, no lo es, sin embargo, la presunción de lo que tiene de innovador el diálogo celestinesco (Padilla, 2001: 400).

Los propósitos de este estudio preliminar han sido tanto colegir todos los marcadores que posean valor contraargumentativo, como precisar los sentidos en que son usados (a partir de los señalados en la bibliografía consultada), y analizar si aparecen como operadores o conectores. Un propósito secundario es servir como elemento de contraste con otros estudios ulteriores.

El estudio de los marcadores contraargumentativos en este texto ha arrojado resultados interesantes. En primer lugar, que todos ocupan siempre la primera posición en relación con el miembro que introducen, lo cual además está estrechamente vinculado con los tipos de marcadores que se prefieren y las restricciones de movilidad que tienen. Lo segundo que debe señalarse son los casos en los que el mar-

gador se usa como operador —no siempre sin dificultades para determinarlo—, en especial en situaciones en las que encabeza una intervención reactiva frente a lo dicho por otro personaje. En casos como los precedentes, junto con el valor contraargumentativo, el marcador introduce un cambio de tema o línea discursiva, o en ocasiones se emplea sólo para obtener el turno de palabra.<sup>10</sup>

El siguiente cuadro muestra el número de ocurrencias de los marcadores, así como su tipo. Se han incluido, además, algunas unidades no presentes usualmente en las listas de contraargumentativas, aunque el sentido y el contexto en el que aparecen les confiere tal valor. He preferido tenerlas en cuenta en el texto, pues por su datación puede servir como elemento de comparación futura.

Cuadro 1. Los marcadores contraargumentativos en *La Celestina*

<i>Marcador</i>	<i>Conector</i>	<i>Operador</i>	<i>Total</i>
Pero	114	21	135
Aunque	111	-	111
Mas	42	8	50
Sino que	19	-	19
Y	5	-	5
Siquiera	3	-	3
Con todo	2	-	2
Por más (que)	2	-	2
Mientras	1	-	1
Si	1	-	1
<i>Puesto que</i>	1	-	1
<i>Maguera que</i>	1	-	1
<i>Por mucho que</i>	1	-	1
<i>Aun si bien</i>	1	-	1
<i>“estructura” reduplicativa</i>	1	-	1
Total	305	29	334

<sup>10</sup> Nótese que aunque se trabaje con un texto escrito, los rasgos de los personajes que intervienen hacen que el discurso muchas veces esté más cercano a lo oral que a lo formal escrito.

De acuerdo con la información presentada, puede afirmarse que el marcador más usado en términos generales es *pero*, con un 40% del total de las formas.

Una de las razones de la altísima frecuencia de uso de este conector en relación con los demás conectores opositivos está en los diferentes valores, sentidos y matices contextuales que es capaz de incluir en su significado y que lo convierten en un conector polivalente (Domínguez, 2007: 99).

A continuación comento los rasgos más relevantes de cada marcador.

### *Pero*

Junto con *aunque* es el conector contraargumentativo más utilizado, le corresponde el 37% de todas las ocurrencias.

Como se expresa en la bibliografía consultada, “*pero* desvía la línea argumentativa de la oración que le antecede, o anula la conclusión implícita y sugiere una de carácter opuesto” (Montolío, 2001: 27).

1. A Sempronio veo a la puerta de casa. Mucho ha madrugado; trabajo tengo con mi amo si es salido fuera. No será, que no es acostumbrado, *pero* como agora no anda en su seso, no me maravillo que aya pervertido su costumbre (*Celestina*, 231, 1).<sup>11</sup>

Ciertamente pudiera decirse que en el segmento anterior la contraargumentación se establece entre *No será, que no es acostumbrado* y *no me maravillo que aya pervertido su costumbre*, y con ello quizás se perdiera toda la información previa que seguía una línea argumentativa de puesta en duda de que Calisto se levantara temprano, porque no era habitual, y la debilitación de la fuerza argumental de la secuencia introducida por el conector, pese a no ser habitual, en

<sup>11</sup> A partir de ahora se identificará el texto analizado con el siguiente orden: título, página, líneas dentro de la página.

tanto anda sin seso, puede aceptarse la conclusión contraria a la esperada: sí ha madrugado.

Algo notable y que habría que contabilizar con más rigor es el frecuente uso de este marcador pospuesto a punto y seguido, empleado bien como operador, bien como conector.

2. echando de sí tan crecidos ramos y hojas, que del menor pimpollo se sacaría harto fruto entre personas discretas. *Pero* como mi pobre saber no baste a más roer sus seas cortezas de os dichos de aquellos... satisfaré (*Celestina*, 77, 8)<sup>12</sup>

Con respecto a los usos de *pero* como operador, y de los pocos de *mas*, es importante señalar, en tanto apunta a rasgos esenciales de estos elementos, el empleo preferencial con verbos de lengua, usualmente orientados hacia un interlocutor presente en el texto. A diferencia de los marcadores que suelen establecer correcciones, oposiciones, contraargumentaciones a nivel textual, pues establecen conexiones semánticas y formales entre elementos lingüísticos, estos operadores muchas veces actúan como articuladores de cambios no ya en la línea argumentativa deducible de un contexto previo, sino en la línea temática. En otras ocasiones introducen secuencias controladoras de la atención del interlocutor, fáticas. Por ello, frecuentemente usan formas verbales en imperativo o en subjuntivo con valor exhortativo, lo cual no suele ser frecuente en los usos de *pero* como conector, pues prefiere más tiempos del indicativo que establezcan las correlaciones temporales acordes al momento de la narración o diálogo en que se insertan.

Veamos algunos ejemplos de estos usos como operadores discursivos:

3. ¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan discorde, aquel en quien la

<sup>12</sup> En todos los casos sólo se dan los datos de la página y la línea donde se encuentra el marcador, aunque se cite un contexto más amplio.

voluntad a la razón no obedece? Quien tiene dentro del pecho agujones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas, todo a una causa. *Pero* tañe y canta la más triste canción que sepas (*Celestina*, 91, 15).

En otras circunstancias, sirve a desplazamientos modales, especialmente para introducir preguntas retóricas, o segmentos con valor más metalingüístico en los cuales el personaje dialoga consigo mismo, se cuestiona la forma y la sustancia de sus palabras:

4. ¿Qué pecó el uno por lo que hizo el otro, que por sólo ser su compañero los mataste a entramos? *Pero* ¿qué digo; con quién hablo; estoy yo en mi seso? (*Celestina*, 290, 8).

Similar a:

5. Ya me parece haver un año que no he visto aquel suave descanso, aquel deleytoso refrigerio de mis trabajos. *Pero* ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco sin sofrimiento? (*Celestina*, 292, 13).

En otros ejemplos es más explícita la función de articulador de un cambio de tema. Los que siguen son suficientemente elocuentes de cómo este marcador permite un salto de nivel y de camino discursivo no conectado semánticamente con el anterior:

6. Y aún quatro por su servicio. *Pero* dime, par Dios, ¿passó más? (*Celestina*, 189 26).
7. Astuta sospecha has remontado, y creo que verdadera. *Pero* porque ya llegamos al huerto y nuestro amo se nos acerca, dexemos este cuento, que es muy largo para otro día (*Celestina*, 320, 7).
8. ¡O qué persona, o qué hartura, o qué cara tan venerable! *Pero* callemos, que se acerca Calisto (*Celestina*, 128, 21).

En casos como los anteriores podrían reconocerse en el uso de esta unidad los valores metadiscursivos a que alude Domínguez, donde “sin abandonar su valor contraargumentativo genérico, puesto que sigue cancelando conclusiones, aunque sea en el nivel enunciativo, el conector se reviste de un valor metadiscursivo de control del acto de decir” (2007: 107).

### *Aunque*

Se pudo comprobar que el modo preferido de este conector es el subjuntivo y que su empleo se corresponde con los valores usualmente referidos en la bibliografía.

plantea un tipo de oposición entre las informaciones manejadas algo diferente de la que propone *pero*. Aunque presenta una información admitiendo su posible importancia como obstáculo posible, de ahí precisamente su carácter “concesivo”, ya que concede la existencia de una objeción o contraargumento posibles. Sin embargo, nótese que, al mismo tiempo, el conector *aunque* señala que esa objeción, constituye un impedimento sólo presunto, que no llega a ser un obstáculo lo suficientemente fuerte como para impedir que, finalmente, se cumpla lo expresado por la oración principal (Montolío, 2001: 52).

Ello puede notarse en cualquiera de las ocurrencias de este conector. Que la objeción sea real, hipotética, potencial, futura tendrá evidentes consecuencias para la selección del indicativo o subjuntivo:

9. ni Dios lo quiera, que *aunque* vino tarde, más vale a quien Dios ayuda, etc. (*Celestina*, 146, 16).

El hecho de haber llegado tarde, hecho real, comprobable; no es lo suficientemente fuerte desde el punto de vista argumental como para descartar la conclusión que luego se esgrime en la oración principal.

Igualmente útil para explicar el camino argumentativo con *aunque* sería la siguiente frase:

10. Aunque soy moço, cosas he visto assaz (*Celestina*, 115, 11).

Nótese cómo a veces la contraargumentación no se establece de manera directa, en el sentido de que en algunas ocasiones las inferencias “esperables”, contradichas o negadas, precisan de conocimientos culturalmente compartidos, como en este caso es pensar que la poca edad es sinónimo de falta de experiencias.

Una posible explicación de la preferencia del empleo del subjuntivo pudiera estar en que este modo verbal contribuye a reforzar la “debilidad” del argumento introducido por el conector:

11. Que si agora quebrasses las crueles puertas, *aunque* al presente no fuésemos sentidos, amanecería en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro (*Celestina*, 262, 28).

Nuevamente el hecho de no ser sentido no permite concluir que no caerá sospecha sobre la casa del padre; o lo mismo, caerá sospecha sobre la casa del padre independientemente de que no fueran sentidos.

Algo significativo del marcador *aunque* y que lo distingue en relación con los otros es la posibilidad de estar precedido por conjunciones o por otros marcadores.

12. Y *aunque* lo que dizes concediesse, Calisto es cavallero (*Celestina*, 229, 2).

13. Que *aunque* más la dicha nos ayude, nos han en tanto tiempo de sentir de su casa o vezinos (*Celestina*, 263, 6).

14. pero *aunque* lo quiera hazer, por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me vernía (*Celestina*, 300, 19).

15. No, cierto, mas *aunque* oviera, era bienempleado (*Celestina*, 216, 23).

*Mas*

Como se muestra en el cuadro, es el otro marcador, además de *pero*, que actúa como operador.

De todos los usos como conector 13 (el 30.9% de los 42 usos) posee valores actualmente cubiertos por la conjunción *sino*:

16. Que *no sólo* lo que veo, oyo y cognozco, *mas* lo intrínscico con los intellectuales ojos penetro (*Celestina*, 117, 22).
17. Y aún más te digo, que no los que poco tienen son pobres, *mas* los que mucho desean (*Celestina*, 123, 10).

El resto de los usos como conector no difiere notablemente de los de *pero*, en tanto suele introducir un argumento fuerte, que corrige o anula una inferencia potencialmente recuperable del segmento precedente. En tal sentido, en el ejemplo siguiente pudiera pensarse que acabarían de estar juntos Pármeno y Areúsa a la mañana siguiente, y con ello, las penas de ambos, pero ello es seguidamente refutado por el segmento introducido por *mas*.

18. No spero más aquí yo, fiadora que tú amanescas sin dolor y él sin color. *Mas* como es putillo, gallillo, barviponiente, entiendo que en tres noches no se le demuede la cresta (*Celestina*, 208, 1).

También suele emplearse en circunstancias en las que un personaje demanda alguna atención o información, para cuando se habla o se cuestiona a sí mismo, o para cuando se quiere hacer un comentario al margen de la línea seguida. Puede notarse de todo lo anterior que sus valores en el texto son muy cercanos a los de *pero*:

19. Que los sabios dizen que vale más una migaja de pan con paz que toda la casa llena de viandas con renzilla. *Mas* agora cesse esta razón, que entra Lucrecia (*Celestina*, 233, 27).

20. No plega a Dios que ninguna destas cosas sea, antes esté quando le plazerá sin verme. *Mas* oye, oye, oye, que passos suenan en la calle (*Celestina*, 283, 18).

### *Sino que*

De los 19 casos de esta locución, tres poseen valor contraargumentativo cercano al de *pero*. En los siguientes ejemplos la prueba de la conmutación por *pero* revela las semejanzas:

21. Reýrme quería, *sino que* no puedo (*Celestina*, 213, 23).
22. Algunas consolatorias palabras te diría antes de mi desagradable fin, coligidas y sacadas de aquellos antiguos libros que [tú], por más aclarar mi ingenio, me mandavas leer, *sino que* ya la dañada memoria con la gran turbación me la has perdido (*Celestina*, 334, 31).

El resto de los ejemplos son similares a *antes bien*, ya que comentan “el mismo tópico que el miembro anterior, *de manera que* este nuevo miembro sustituye la afirmación que es negada en el primer miembro” (Portolés y Zorraquino, 1999: 4114).

23. Llegate a ella, dale del pie; hagámosle de señas que no espere más, *sino que* se vaya (*Celestina*, 190, 5).

Este conector Montolío lo ubica dentro de su tercer grupo, junto a *mientras que*, *en tanto que*, *en cambio*, *por el contrario* y *antes bien* y todos compartirían un significado básico de “corregir” en el segundo miembro algún aspecto de lo formulado en el primero (Montolío, 2001: 49).

### Y

Los ejemplos que se encuentran en el texto de la conjunción copulativa como marcador contraargumentativo poseen valores semejantes a los del marcador *pero*:

24. Dios bienes tienes ¿y no sabes que has menester amigos para los conservar? Y no pienses que tu privanza con este señor te haze seguro, que quanto mayor es la fortuna, tanto es menos segura (*Celestina*, 124, 2- 3).

En ejemplos como los anteriores la relación que establece no es aditiva, sino de contraposición y desvío inferencial.

### *Siquiera*

En las tres ocasiones en que es usado con valor contraargumentativo se establece una especie de gradación por defecto: se suele introducir un argumento muy débil, presentado como lo mínimo que debiera incidir sobre la conclusión expresada. Tiene semejante valor a *aun* en algunos de sus usos.

25. *Siquiera* por bivar más, es bueno dessear lo que digo (*Celestina*, 157, 10).

### *Con todo*

Este conector que aparece sólo dos veces en el texto:

se especializa en establecer una “batalla dialéctica” con el primer miembro discursivo fuertemente pertrechado de refuerzos argumentativos (entre estos posibles recuérdese: prolija acumulación de datos informativos, acopio de múltiples argumentos coorientados, uso de elementos léxicos, partículas y construcciones sintácticas con carácter intensificador, etc.). En tales casos, se requiere de un elemento conectivo que “borre”, que invalide con contundencia posibles conclusiones a las que dicho primer segmento parecía conducir, introduciendo otra información de signo contrario (Montolío, 2001: 74).

Cercano a *no obstante* y *sin embargo* (que no aparecen en el texto analizado), anula, elimina la conclusión que pudiera sacarse del otro segmento con que se conecta; por ello

introduce un argumento fuerte. En el ejemplo siguiente pudiera afirmarse que en tanto es señal mortal no querer sanar, se hará algo por evitarlo, u otra conclusión que reforzare la idea de lo mortal de tal deseo, sin embargo, la secuencia introducida por *con todo*, lo niega, o al menos lo desestima.

26. Assaz es señal mortal no querer sanar. *Con todo* quiérole dexar un poco desbrave, mature, que oído he dezir que es peligro abrir o apremiar las postemas duras, porque más se enconan (*Celestina*, 89, 21).

### *Por más (que)*

Establece una objeción y contrariedad al estilo de *aunque* que no invalidan totalmente el cumplimiento de la conclusión.

27. Pues *por más que* sigas mi morada y seas contraria a mi persona, las adversidades con ygal ánimo se han de sufrir (*Celestina*, 281, 21).

28. Pues *por más* mal y daño que me venga, no dexaré de cumplir el mandado de aquella (*Celestina*, 281, 25).

En el último de estos casos, por ejemplo, pudiera pensarse que el hecho de que vengan muchos daños provocará el cumplimiento del mandado, lo cual se niega enseguida al no ser aquel un argumento lo suficientemente fuerte.

### *Por mucho que*

Es muy similar a los ejemplos anteriores en cuanto a la relación argumental que se establece entre los miembros discursivos por él conectados.

29. Pues *por mucho que* madrugue no amanece aína (*Celestina*, 292, 23).

Ahora bien, este ejemplo quizás no debería tomarse en cuenta como constituyente de una estructura contraargumentativa, pues al ser un refrán funciona más como una unidad rentable en ciertos contextos que como una suma de los constituyentes con sus valores originales. No obstante, se recoge como la única ocurrencia de este conector, lo cual ya es una información valiosa para constatar su uso en otros textos de la época, precedentes y posteriores.

### *Maguera que*

Esta unidad no aparece en la bibliografía consultada sobre marcadores, pues los autores consultados suelen referirse a usos del español actual.

Se usa una sola vez en la tragicomedia con un valor cercano al de *aunque*, *a pesar de que*, *pese a que* y similares que introducen argumentos débiles.

30. *y maguera que* contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa (*Celestina*, 120, 28).

### *Aun si bien*

Es un caso que comparte algunos de los rasgos distintivos de *aunque*, a saber, que introduzca un argumento débil que no cancele, sino que matice una conclusión que en consecuencia se erige como más fuerte desde el punto de vista argumentativo. En el ejemplo que se cita, el conector pudiera asumirse como *aun si bien* o como *aun si*, pues no hay indicios claros en el contexto de que sea una u otra forma.

31. *¡Aun si bien* lo supieses, rebentarías! (*Celestina*, 303, 11).

Los tres marcadores que quedan, cada uno con un solo ejemplo, como lo muestra el Cuadro 1, pertenecerían al grupo liderado por *aunque* y compartirían con él los rasgos representativos repetidamente señalados.

*Si*

32. que *si* Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo ternía por tanta felicidad (*Celestina*, 87, 2).

*Puesto que*

33. Mas *puesto que* entre, no quiere consolación ni consejo (*Celestina*, 89, 19).

*Mientras*

34. *Mientras* más me dizes y más inconvenientes me pones, más las quiero (*Celestina*, 98, 20).

Por último, queda por comentar un ejemplo al que se le ha dado el rótulo de estructura reduplicativa. Se trata de “*pero diga lo que dixiere*, sabe que no ay cosa más contraria en las grandes curas delante los animosos çirujanos que los flacos corazones” (*Celestina*, 242, 26). Este caso, altamente rentable toda vez que se mantengan sus rasgos esenciales y la construcción reduplicativa del mismo verbo, surge —o al menos parece acomodarse a tales situaciones— cuando el contraargumento no desea ceñirse a coordenadas específicas, cuando se desconoce o simplemente se quiera colocar la conclusión como algo tan fuerte (y el argumento, evidentemente, como muy débil) que su cumplimiento es válido para cualquiera circunstancia real o potencial.

## 5. COMENTARIOS ADICIONALES

Es interesante observar que los 29 ejemplos de operadores pertenezcan a lo que Montolío llama conectores integrados en la oración, y no a los parentéticos que poseen gran independencia sintáctica y mayor movilidad oracional. Sería interesante, además, constatar cuáles de estos valores de *pero*

y *mas* se han mantenido y cuáles no, y, en consecuencia, cuáles unidades han sustituido las funciones que pudieran haber desempeñado en un determinado período de la historia de la lengua estos dos marcadores.

En cierta medida unido a lo anterior, y reflejo de un proceso de posterior especificación funcional en una sola de las tres estructuras concomitantes en el texto, se da la alternancia entre *no sólo... sino*; *no sólo... pero* y *no sólo... mas*<sup>13</sup> con semejante valor:

1. háblame que *no sólo* quiero oírte y creerte, *mas* en singular merced recibir tu consejo (*Celestina*, 128, 6).
2. Para disculpa de lo qual todo, *no sólo* a vos, *pero* a quantos lo leyeren, ofrezco los siguientes metros (*Celestina*, 71, 3).

Podría ser igualmente útil, en casos como estos, analizar con más detenimiento el empleo selectivo de los modos verbales, pues permitiría una mejor caracterización de estas unidades y sus usos. Sin que ello sea el resultado de procesamientos estadísticos, pareciera que el empleo del imperativo o del subjuntivo con valor exhortativo es más frecuente con operadores que con los conectores, los cuales prefieren formas más narrativas y menos fáticas. Todo esto es interesante porque alude a un empleo de estas unidades en niveles diferentes: los conectores estarían situados en un nivel textual, estableciendo inferencias a partir de secuencias lingüísticas; los operadores, en un nivel discursivo —al menos los de esta tragicomedia— controlando el proceso comunicativo, reorientando su rumbo, apelando a los personajes destinatarios. Los conectores, como es su naturaleza, suelen establecer secuencias lingüísticas, los operadores las conectan con algún otro elemento de la comunicación, en nuestros datos, usualmente con el receptor de las secuencias.

<sup>13</sup> Es significativo que tal falta de especificación se halle a menudo en estudiantes de español como segunda lengua.

## 6. CONCLUSIONES

El análisis de los datos comprueba lo referido en la bibliografía sobre la alta frecuencia de aparición de los conectores *pero* y *aunque*. Los diferentes matices y contextos de aparición del primero hacen que sea el más empleado en nuestros datos. No obstante, hallamos algunos resultados que —dados los rasgos del texto estudiado y el período en que se escribe— requieren seguimiento y contraste con datos encontrados en textos contemporáneos. Por un lado, la ausencia de marcadores como *sin embargo* y *no obstante*, y, por otro, la presencia de otras unidades —comentadas en su momento— con sentido de contraargumentación o contraste (*si*, *mientras*, *aun si bien*).

Con el análisis de esta obra se ha pretendido, además, mostrar la utilidad para el análisis de este tipo de unidades de textos literarios producido en épocas pretéritas, pues contribuye al estudio y comprensión de unidades con usos más o menos fijos en la actualidad, cuyos rasgos pueden rastrearse en textos como el escogido. Con esto se puede dar cuenta tanto de la formación de un nuevo valor como de la “antigüedad” y fijación de otro.

Todo lo anterior es prueba y consecuencia de la importancia del estudio de estas unidades en tanto guías del proceso de codificación, de estructuración de la información y del abanico de inferencias —en cierta medida finitas y predecibles— que pueden sacarse a partir de la selección de determinados marcadores. No obstante, una reflexión más amplia necesitaría centralización en todos los matices semánticos que supone no ya la elección de unos frente a otros, sino su interacción con otras unidades discursivas y su ubicación dentro de los enunciados. Por demás, el uso privilegiado de estos marcadores y su contraste con los que actualmente se listan en los textos sobre el tema, son indicios de los caminos de la historia de la lengua y favorece en esa medida la mejor comprensión de su naturaleza.

Ahora bien, estos son algunos rasgos muy generales de un primer acercamiento a una sola obra literaria. Un estudio de este tipo requiere seguimiento, ampliación y minuciosidad. Sirva este como uno de los tantos pasos a dar por este camino.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANSCOMBRE, JEAN-CLAUDE y OSWALD DUCROT (1994), *La argumentación en la lengua*, Madrid, Gredos.
- DOMÍNGUEZ GARCÍA, MARÍA NOEMÍ (2007), *Conectores discursivos en textos argumentativos breves*, Madrid, Arco/Libros.
- ESCANDELL VIDAL, MARÍA VICTORIA (1993), *Introducción a la pragmática*, Barcelona, Antrhopos.
- LLORENTE ARCOCHA, MARÍA TERESA (1996), *Organizadores de la conversación. Operadores discursivos en español*, Salamanca, Imprenta Kadmos.
- MARTÍN ZORRAQUINO, MA. ANTONIA y JOSÉ PORTOLÉS (1999), “Los marcadores del discurso”, en Ignacio Bosque y Violeta Demonte (dirs.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, volumen III, capítulo 63.
- MONTOLÍO, ESTRELLA (2001), *Conectores de la lengua escrita. Contraargumentativos, consecutivos, aditivos y organizadores de la información*, Barcelona, Ariel Practicum.
- PADILLA, CARMEN (2001) “«Hablar segunt la arte» en *Celestina*”, en Santiago López Ríos (ed.), *Estudios sobre La Celestina*, Madrid, Istmo.
- PORTOLÉS, JOSÉ (1998), *Marcadores del discurso*, Barcelona, Ariel.
- ROJAS, FERNANDO DE (2000), *La Celestina*, Madrid, Cátedra.
- VÁZQUEZ VEIGA, NANCY (2003), *Marcadores discursivos de recepción*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.